

2 Corintios 5:14-21

2 Corintios 5:14-21 Pentecostés 3, 2000 (lectura de Pentecostés 5) Génesis 3:9-15; 2 Cor 4:13-18; Marcos 3:20-35

14 Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron; **15** y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos.

16 De manera que nosotros de aquí en adelante a nadie conocemos según la carne; y aun si a Cristo conocimos según la carne, ya no lo conocemos así. 17 De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas. 18 Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación; 19 que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomádoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación. 20 Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios. 21 Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él.

A veces necesitamos un buen recuerdo de qué es exactamente nuestro propósito como iglesia de Jesucristo, y qué es lo que nos hace cristianos. Es tan fácil caer en un sobre énfasis en lo que es secundario o periférico, y olvidar la razón por la que Cristo nos ha llamado para ser cristianos, para formar su iglesia. Es Cristo quien estableció la tarea de la iglesia para todos los tiempos cuando dijo: “Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”.

Nuestro texto nos habla de la apremiante necesidad de este esfuerzo, y nos da fuertes motivos para participar en llevarlo a cabo. Nos recuerda que tenemos lo que nosotros más necesitamos, y que esa cosa es también exactamente lo que el mundo necesita. Permitamos que San Pablo nos guíe esta mañana a considerar: **El evangelio de la reconciliación, un mensaje para el mundo entero**. Veremos 1. el contenido – la reconciliación. 2. el destino – el mundo. 3. el motivo – el amor de Cristo.

Nuestro texto nos dice: “Si uno murió por todos, luego todos murieron”. Tal vez la expresión nos parezca extraña. ¿Por qué nos habla de uno que muere, y por qué dice que si eso sucedió, luego todos murieron? La respuesta a esa pregunta ya nos lleva al corazón del mensaje cristiano. Nos presenta a Cristo como el representante y sustituto de toda la humanidad. Lo que esta frase dice y lo que implica son de la mayor importancia.

Cuando dice que todos murieron, en primer lugar vemos lo que esto implica en cuanto a la situación de todos nosotros, de toda la humanidad. Si es que se necesitaba un sustituto, es que todos, no importa quienes sean, estaban destinados a la muerte. ¿Cuál es la causa? La respuesta la tenemos en una sola palabra, el pecado. “El alma que pecare, ésa morirá” (Ezequiel 18:20). San Pablo nos declara en Romanos 5: “Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron”. Antes, en la misma epístola, declaró: “Ya hemos acusado a judíos y a gentiles, que todos están bajo pecado. Como está escrito: No hay justo, ni aun uno; No hay quien entienda, No hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno” (Romanos 3:9-10).

Hermanos, estas declaraciones son universales; no admiten ninguna excepción. Cuando dice “todos”, apunta con el dedo a mí, a usted, y sus familiares y vecinos, y a cada persona en el rincón más remoto del mundo. Cuando oímos esta sentencia, pronunciada por Dios mismo en su palabra, debemos alarmarnos y pensar cuál es ese destino que hemos merecido. Porque cuando la Escritura declara: “La paga del pecado es muerte”, no solamente habla de una muerte física en que nuestro cuerpo regresa a la tierra, sino la muerte eterna, el tormento en las llamas del infierno que nunca se aliviará: donde “su gusano nunca morirá, ni su fuego se apagará, y serán abominables a todo hombre” (Is. 66:24). No es muy popular en nuestros días hablar de estas cosas, pero es necesario.

Debemos creer esta sentencia y veredicto porque Dios mismo es el que lo ha declarado. Debemos temblar ante el juicio de Dios cuando contemplamos nuestro pecado y la pena en que nos hemos incurrido. ¿O podemos con honestidad decir que hemos puesto a Dios y su voluntad primero en nuestras vidas, siempre, que hemos confiado en él con una fe perfecta aun en la hora que pareciera más desesperada, o que hemos amado la palabra de Dios y estado lleno del deseo de aprenderla – siempre? ¿Podemos decir siquiera que hemos amado a nuestro vecino enfermo, a la persona necesitada, al familiar que tiene un carácter difícil, tanto como a nosotros mismos? ¿No es cierto que con demasiada frecuencia hemos buscado sobre todo

nuestra propia comodidad, y hemos visto las necesidades de los demás como una molestia, y aun cuando hemos ayudado, no ha sido con frecuencia más para que ya nos dejen en paz en vez de porque realmente existe un amor genuino? ¿Quisiéramos que otros pensarán de nosotros en nuestra necesidad de la forma en que nosotros con tanta frecuencia pensamos de los demás? Pero Dios ha dicho: “Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre en los cielos es perfecto”. El que no alcanza esa norma es pecador, ha violado la santidad de Dios expresada en su ley, y ha caído en la sentencia de la muerte eterna. Puede tratar de llevar su vida con indiferencia a la realidad, pero de hecho, pende de un hilo sobre el abismo del infierno, listo para caerse, y sin poder escapar. Yo he merecido la muerte eterna, y usted también la ha merecido. Todos sus compatriotas lo han merecido, y todos en el mundo entero. Sólo hay un remedio, y eso está encerrado en el mensaje de nuestro texto.

San Pablo ha declarado: “Si uno murió por todos, luego todos murieron”. ¿Cuál es la explicación de la frase? Hemos visto por qué habla de la muerte — es la paga del pecado. Pero no hemos hablado de quién es ese individuo que murió, y por qué su muerte cuenta como la muerte de todos los hombres. En nuestro texto, Pablo expande sobre esto cuando dice: “Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo”. Lo que el hombre no pudo hacer, librarse de sus pecados y el terrible castigo de la muerte eterna, Dios mismo lo hizo. Lo hizo entrando en este mundo en la persona de Jesucristo. En él habitó toda la plenitud de la deidad, corporalmente; es decir, Dios se hizo hombre y sin ser pecador él mismo, cargó con nuestro pecado, sufrió la pena y el castigo que merecimos, de tal forma que ante Dios todos nuestros pecados fueron pagados.

¿Cuál fue el resultado de este gran sacrificio de Cristo de ir a la muerte en la cruz en lugar nuestro? Pablo lo dice en la frase: “no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados”. Hemos pecado. Estábamos ante Dios como pecadores culpables y condenados, pero porque Cristo murió por nosotros, cuenta a todos nosotros como si fuéramos personas que nunca hayan pecado. Los pecados eran reales, pero por causa de Cristo, Dios ya no los cuenta contra nosotros. Ya no los ve. Nuestra condición ante Dios ya no es de un pecador condenado, sino de un hijo redimido.

Es este cambio en nuestra situación ante Dios que el texto llama la reconciliación. La reconciliación es lo mismo que no tomar en cuenta contra nosotros nuestros pecados. Este cambio en nuestra condición se debe exclusivamente a la obra expiatoria de Jesucristo que cargó con nuestro pecado y culpa, que pagó la pena completa, y porque no es solamente un hombre, sino Dios, reconcilió así al mundo entero con Dios. Esto es lo que Pablo

declara en el último versículo de nuestro texto: “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él”. Al santo y justo, que nunca cometió ningún pecado, Dios lo hizo pecado. No lo hizo un pecador — era santo e inocente. Pero lo cargó con mi pecado y el suyo, con los de todo el mundo, y allí pagó un precio que bastaba para satisfacer toda la justicia de Dios, todo lo que debíamos al juez justo. “Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros (Is. 53:5). Y porque Cristo, el santo y justo, fue hecho pecado por nosotros, nosotros fuimos hechos justicia de Dios en él. En vez de vernos y tratarnos como pecadores, por causa de Cristo Dios nos trata como si fuéramos el santo Cristo mismo, nos atribuye su justicia, así que cantamos: “Tu sangre, oh Cristo, y tu justicia, mi gloria y hermosura son; feliz me acerco al Padre eterno, vestido así de salvación” (CC 218:1)

Hermanos: cuando pensamos en nuestra situación sin este sacrificio de Cristo, cuando pensamos en qué habría sido nuestro destino si Dios mismo no hubiera venido en Cristo para reconciliar al mundo consigo mismo, y pensamos luego en todo lo que tenemos como fruto de la pasión de Cristo — justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo, el perdón de los pecados, libertad de la culpa, el apoyo de Dios en todas nuestras aflicciones, y finalmente una eternidad feliz en el presencia de nuestro Salvador, cómo podemos hacer otra cosa que llenarnos de gozo y júbilo por tan gran salvación y gratitud por tan excelso Salvador.

Pero esta salvación no es para nosotros solamente, sino para el mundo entero. “Nos dio el ministerio de la reconciliación” y “nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación”. Cristo no murió sólo por unos cuantos, sino para “todos”. Pero nadie recibirá el beneficio de esta salvación si no cree en ella. Como dice Pablo en Romanos 10: “¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique? ¿Y cómo predicarán si no fueren enviados?” La reconciliación del mundo entero es un hecho ya cumplido cuando Cristo “fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación”. Pero para que las personas del mundo reciban el beneficio de esa muerte y resurrección, para que la justificación que Dios ya ha pronunciado sobre toda una humanidad de pecadores resulte para ellos en la vida eterna, es necesario que oigan el mensaje. El ministerio de la reconciliación es el de la predicación de la palabra de la reconciliación. ¿Qué ayuda si alguien ha pagado una cuenta que tenía, para pagar la cual yo no tenía los recursos, si nadie me lo dice? ¿Tendré alivio de mi angustia y preocupación? Igualmente, es necesario que se proclame a todos los por quienes Cristo murió que Dios les ha reconciliado con su santa muerte en la cruz, que sus pecados son perdonados, que Dios ya no los toma en cuenta contra ellos, que

porque Cristo fue hecho pecado por ellos, ellos son hechos justicia de Dios en él.

Así Pablo dice que su misión es de un embajador de Dios, y que en nombre de Dios ruega a todos los pecadores: “Reconciliaos con Dios”. Puesto que Cristo ya reconcilió al mundo con Dios con su muerte, esta exhortación sólo puede significar: “Acepten la reconciliación que Cristo ya logró para el mundo entero como algo que fue hecho también por usted. Crea y confíe que el pecado y la culpa que antes fue su carga y que le hubiera hundido en el infierno ha sido levantado de usted y puesto sobre el santo Cristo, y que porque él murió, Dios le cuenta como uno que ya haya pagado por todos sus pecados, le cuenta como uno que tiene toda la justicia del santo Cristo mismo.

Esta es la misión de Pablo, pero es la misión que desea que nosotros compartamos también. Y tenemos el más fuerte motivo para impulsarnos — el amor de Cristo. Este amor ha hecho todas las cosas nuevas para nosotros. Cuando vemos quién es Cristo y qué es lo que ha hecho por nosotros, lo vemos con nuevos ojos, lo vemos ahora como nuestro amado Salvador. Vemos en él la declaración suprema del amor de Dios para con nosotros. “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16).

Y este amor de Cristo nos constriñe. Nos hace ver a todos bajo una luz diferente. En vez de juzgar según la carne, según la edad, condición social, nacionalidad, raza, etc., vemos a todos como a nosotros mismos. Si reconocemos nuestro propio pecado, y lo perdido que estaríamos sin Cristo, no podemos sino ver a todos nuestros semejantes de la misma manera. No sólo los miembros de nuestra congregación, sino nuestros vecinos y familiares, nuestros compatriotas, sí, y los de los países más alejados del mundo. Todos están perdidos sin Cristo, pero qué tragedia si van a la perdición, porque Cristo murió por ellos tanto como para nosotros. “Si uno murió por todos, luego todos murieron”. “Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo”. Aun a mis enemigos, ahora los debo ver como almas por las cuales mi Salvador también murió, uno que también es objeto del amor de Cristo, uno de quien Cristo también desea ardientemente su salvación. Por desgracia, tenemos todavía una tendencia tan fuerte de juzgar según la carne, porque en verdad, “si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas”.

“El amor de Cristo nos constriñe”. ¿No es éste el motivo por el cual ofrendamos para que la palabra se proclame entre nosotros? ¿No es ésta también la razón por la que sostenemos a

misioneros para llevar el evangelio hasta los fines de la tierra?
¿No nos moverá esto a orar con fervor por la conversión de los
que aún no conocen este amor de Jesús para ellos? ¿No nos
impulsará también a contar a los perdidos, cuando tengamos
oportunidad, lo que Cristo ha hecho para redimirlos de sus
pecados, para que también conozcan la reconciliación que Dios
ha hecho para ellos en Cristo? “El amor de Cristo nos
constríne”. Pensemos en eso, y dejemos que ese amor sea la
estrella que guíe toda nuestra vida, de modo que se cumpla lo
dicho en nuestro texto: “por todos murió, para que los que viven,
ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por
ellos”. Dios lo haga así en nosotros. Amén.